



COCHINCHINA. — TONKIN. — CHINA

DECRETO DE BEATIFICACIÓN Ó DECLARACIÓN DEL MARTIRIO DE LOS VENERABLES SIERVOS DE DIOS ESTEBAN-TEODORO CUENOT, OBISPO DE METELLÓPOLIS, JUAN-PEDRO NEE, PEDRO-FRANCISCO NERÓN, TEÓFANO VENARD, MISIONEROS APOSTÓLICOS, Y DE SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

CUANDO á mediados del pasado siglo, en China y en los países vecinos se desencadenó contra el Cristianismo una cruel persecución, viéronse repetirse las escenas de la primitiva Iglesia: por una parte crueldad feroz; por otra admirables ejemplos de fe y de invencible constancia. A las Actas de los mártires se añadió una página sangrienta; una vez más vióse cumplido el oráculo divino: *Tradent enim vos in conciliis et in synagogis suis flagellabunt vos, et ante reges et presides ducemini propter Me, in testimonium illis et gentibus.* (Matth. x, 18). Este testimonio que han dado, no solamente ministros del altar, sino también ciudadanos de todas condiciones, muestra claramente que la obra de Dios no puede ser destruída ni por el hierro, ni por el fuego, ni por más suplicios que se inventaren, y mientras los impíos clamaban contra la fe cristiana, ésta reflorecía con nuevos prodigios, en una nueva efusión de sangre.

El primero que se ofrece á nuestra vista en este noble combate, primero por orden de dignidad, fué el venerable siervo de Dios Esteban-Teodoro Cuenot, obispo de Metellópolis. Francés de origen, abandonó su patria dirigiéndose al reino de Anam, para predicar la fe de Jesucristo; fué hecho prisionero y encerrado en inmundito establo, donde no podía estar de pie ni echado. Después de sufrir innumerables tormentos, expiró—probablemente envenenado,—el 18 de las calendas de Diciembre, en 1861, poco antes de ser publicada la sentencia dictada contra él, condenándolo al suplicio de las cien llagas y á la decapitación.

El año siguiente, ó sea el de 1862, Juan-Pedro Neel, francés también, habiendo entrado en el imperio chino, fué denunciado como predicador de la fe, cargado de cadenas y conducido al pretorio; luego, atado á la cola de un caballo, fué arrastrado por las calles, sufrió toda suerte de ultrajes y tormentos, y murió decapitado.

También por aquel entonces, otros dos predicadores de la fe, franceses, formados en el Seminario de las Misiones Extranjeras, recibieron la palma del martirio. Uno de ellos, Pedro-Francisco Nerón, después de ha-

ber trabajado mucho para el reino de Anam, fué cargado de cadenas y encerrado en una mazmorra. Después de tres meses de cautiverio, un día fué cruelmente azotado, y como al día siguiente al de su flagelación le trajeran alimentos: «Podéis quedaros con ellos, dijo al que le servía; desde hoy ya no quiero comer nada de la tierra.» Y en efecto, durante veintiún días no probó alimento alguno, sin que por esto decayeran sus fuerzas. Acabó gloriosamente la vida de un hachazo. El otro, Teófano Vernard, que predicó la fe en el Tonkin, fué muerto á cuchilladas por haberse negado á hollar la cruz.

Otros siete sacerdotes indígenas, de aquellas mismas regiones, tienen que añadirse al número de estos mártires. Son los venerables siervos de Dios Pablo Loc, Pedro Lun, Juan Hoan, Pedro Qui, Pablo Tinch, Lorenzo Huang y Pedro Khanh, que murieron decapitados y han merecido la corona inmortal.

Finalmente, otros muchos ciudadanos, en su mayoría auxiliares de misioneros ó catequistas, condenados á distintos suplicios, sellaron con su muerte el testimonio de su fe. Unos fueron decapitados, como Mateo Nguyen, médico; Miguel Ho Dinh Hy, prefecto del palacio real; Francisco Thung, decurión; Pedro Van, Jerónimo Lon Tin Mey, Lorenzo Uang, José Tchang, Pablo Tchen, Juan Bautista Lo, Martín U, Juan Tchang, Juan Tchen. Otros fueron ahorcados, como José Le Dang Thi, centurión; Manuel Phung y José Tchang Ta Pon. Otros sufrieron los más crueles tormentos: á Pablo Hanh, por ejemplo, le arrancaron la carne de las piernas tres veces con tenazas frías y otras tantas con tenazas incandescentes. Otros, en fin, fueron desterrados, muriendo apenas llegados al lugar del destierro á causa de los malos tratos que recibían: éstos fueron Andrés Nam-Thuong y José Lun. No faltaron, como en los primitivos tiempos de la Iglesia, mujeres de corazón viril: dos vírgenes, Agata Lin y Lucía Y, con su compañera Marta Uang, viuda, obtuvieron por la decapitación la palma del martirio. Inés Le Thi Thanh, extendida sobre la cruz, descoyuntadas sus extremidades, recibió tan crueles heridas que expiró al poco tiempo...

Serafin, Cardenal CRETONI,
Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos.

Diomedes VANICI,
Arzobispo de Laodicea, Secretario.

«A estos mártires de los países anamitas, dice *La Croix*, hay que añadir el Venerable Francisco de Capillas, dominico español, primer mártir de China.

«En esta unión fraternal de la Orden dominicana y la Sociedad de las Misiones Extranjeras, y en esta íntima asociación de la Francia cristiana y la católica España, hay algo verdaderamente conmovedor.

«Su Santidad Pío X ha hecho resaltar esa fusión de las almas con exquisitas y delicadas atenciones. Todo el mundo ha notado el tono afectuosamente insistente con que repetía y confirmaba las palabras de aquel á quien llamaba «su carísimo hijo Cormier.» Y cuando el venerable P. Cazenave, Procurador de las Misiones Extranjeras,—y «procurador» también, como postulador, de sus hermanos mártires,—se postró á sus plantas, Su Santidad puso ambas manos sobre la encanecida cabeza del viejo misionero, y le bendijo á él y á todos sus hermanos.

CARTAS DE MISIONEROS

LOS LEPROSOS DE DONG-XUYEN (TONKIN)

Es el misionero de Dông-Xuyên un joven franciscano catalán, á quien tuvimos el placer de estrechar la mano cuando se dirigía á las lejanas tierras que gana para Dios; nos dijo procuraría alguna vez escribir algo para nuestra Revista, y hoy cumple la oferta: y la cumple bien y es interesante y hermosa su primera carta:

En los varios números que he recibido de *Las Misiones Católicas* no he visto nada que rece con nuestras queridas Misiones del Tonkín; ni cartas de misioneros, ni descripciones del país, ni noticias de ningún género: cosa bien extraña, al parecer, tratándose de una de las Misiones más florecientes del mundo, regada con más torrentes de sangre y que ha merecido los mayores elogios del Supremo Jerarca de la Iglesia. Pero no es de admirar que, donde tiene que hacer uno solo el trabajo que podría ocupar á muchos, no sea la pluma larga en escribir lo que las manos son cortas en ejecutar. Cuando hay mucho que hacer falta tiempo para escribir.

Mas aunque sea quitándole al sueño parte del que le es necesario para reparar las fuerzas, me he propuesto escribirle alguna cosilla; ya para pagar una deuda de agradecimiento que tengo contraída, ya para que los lectores de *Las Misiones* no crean que ésta del Tonkín ha desaparecido del mapa.

El asunto que he escogido no es halagüeño; no deja sin embargo de ser edificante. Voy á hablar de los leprosos de Dông-Xuyên y en especial de María Tháo.

La lepra es una enfermedad muy extendida en el Tonkín. Se manifiesta en forma de escamas duras, rodeadas de una aureola encarnada de un rojo más ó menos obscuro, y atravesadas por surcos profundos de un color amoratado. De vez en cuando se dejan ver protuberancias tubérculas de la piel, que dan al paciente un aspecto monstruoso. Entre las varias especies de lepra estudiadas por los doctores, hay dos que son las más comunes. Una que va minando y royendo el organismo sin que haya supuración; y á veces desaparece después de haberse comido uno tras otro todos los dedos de pies y manos. De esta especie, á mi ver, estaba atacada María Tháo, de quien hablaré después, cuyas manos desprovistas en absoluto de dedos con una especie de berruga del tamaño de una avellana, indicando el sitio que ocupó el pulgar, se parecían á dos morcillas con la extremidad atada, como suelen estar de ordinario. La otra clase presenta espantosas úlceras, que van chorreando pus por todas partes, y despiden un olor abominable que ni de lejos se puede soportar. Es tenida esta enfermedad por muy contagiosa, y los anamitas la temen mucho; aunque, debido sin duda á su carácter indolente y poco previsor, no toman las precauciones que debieran para evitar el contagio. Por eso se encuentran leprosos por todas partes: en los caminos, en las calles, en los mercados y en las casas. Y ¡cosa curiosa que llamará la atención de los lectores de *Las Misiones*! Cuando un acreedor tiene un cliente de dura cerviz, que se hace sordo á todos

los llamamientos, suele personarse en su casa; y en ella se instala tan tranquilamente como si estuviese en la suya, comiendo y bebiendo á la mesa del prójimo, sin perder un átomo de paciencia, ni siquiera la amistad del pobre deudor de cuya gorra va sacando las castañas; hasta que éste, viendo cuán caro le cuesta su poca palabra, saca de donde no hay lo que necesita para contentar al acreedor y hacer que se vaya con la música á otra parte. Ahora bien; si el acreedor quiere obrar de un modo más eficaz, entonces no va él en persona, sino que se hace representar por unos cuantos leprosos. Estos sí que están en sus glorias todo el tiempo que dura su representación, que no suele llegar á un día, porque temen los deudores más esta visita que la de la muerte armada con su guadaña.

En este pueblo de Dông-Xuyên, como en muchos otros de estos reinos, los leprosos campaban por sus anchas, siendo algunos de ellos hijos de familia de buena posición; nadie se atrevía á molestarles, hasta que hace poco más de treinta años determinaron los misioneros tomar una medida radical y proveer al bien común, aunque algún particular sintiese en el alma ver cortadas las alas de su libertad. Dông Xuyên es un ramillete de verdura, colocado sobre las riberas del río Thái bình, cerca de su desembocadura. Aquí levanta sus erguidas torres, como dos centinelas avanzados; y las ondas del mar unidas en estrecho lazo con las del río Thái bình, vienen á estrellarse contra sus muros en señal de vasallaje. Para proteger las casas y arrozales de los estragos que causan los ciclones, tan frecuentes en estas tierras, se ha construído un dique á unos 100 metros al borde del río; el pueblo se extiende detrás del dique; y al otro lado queda una faja de tierra, en unos sitios ancha y en otros más estrecha, cubierta de juncos y plantas acuáticas y abandonada casi por completo al dominio de las aguas. Frente á Dông Xuyên dicha faja de tierra se levanta dejando ver una meseta que ni las aguas de las altas mareas se atreven á invadir. Este fué el sitio que eligió el P. Portell para instalar los leprosos. Se levantó una chocita para cada uno, se les puso en ella todo el ajuar necesario y se prohibió que nadie saliese de su arrabal. La caridad pública, los deberes de la sangre y el celo del misionero proveían á todas sus necesidades, no consintiendo que nunca les faltase nada de lo necesario, y aun algunas veces pudiesen permitirse alguna holganza. El Señor tomó aquella colonia bajo su protección; el Angel custodio que le deputó extendió sus alas sobre ella, y aquellos pobres desterrados vieron deslizarse los días de su existencia en un arroyo de delicias y regalos del espíritu con que el Señor compensaba las privaciones y sacrificios corporales que se tuvieron que imponer. Así vivieron con mucha paz y trato con Dios, alentados con la esperanza de otra vida mejor, hasta que el soplo frío de la muerte fué extinguiendo poco á poco el débil resplandor que les quedaba de ésta miserable y engañosa. Uno á uno fueron dejando este valle de lágrimas y trasladados por los Angeles al cielo. Con aquella medida se evitó el con-

tagio, y hoy el pueblo de Dông-Xuyên se ve libre de tan terrible enfermedad.

Cuando yo tomé posesión de ese partido no quedaba en la colonia más que una sola persona: era María Tháo, la cual pudo sobrevivir bastante tiempo á sus compañeros de infortunio y conciudadanos de aquella singular república. Por fin fué á juntarse con ellos á la Jerusalén celestial en el mes de Diciembre del año pasado de 1907. A ésta tuve ocasión de tratar por espacio de más de un año, ya en las visitas que le hacía para animarla y consolarla, ya en las confesiones que repetía con mucha frecuencia. Era realmente un alma de Dios con quien vivía en íntimo trato. Su paciencia en medio de sus enfermedades de treinta años y su conformidad con la voluntad de Dios era tan sin reserva, que siempre se la veía alegre y risueña, dispuesta á sufrir aún más por amor del que por nosotros sufrió muerte y pasión. La Divina Providencia le dió un don especial para enseñar el Catecismo, que se sabía de cabo á rabo con un gran número de oraciones; y ella era la que catequizaba á los pescadocillos que por la distancia y ocupaciones no podían acudir á la escuela.

El Señor, que no es escaso en retribuir, tampoco dejaba sin premio tan heroicas virtudes; y los favores los derramaba á manos llenas sobre aquella alma privilegiada. Referiré un caso, que lo tengo de la boca misma de la agraciada María, quien me lo contaba con grandes muestras de reconocimiento á la Divina Bondad, que la libró de una muerte segura. Mas antes conviene describir las moradas de aquella *Gran Ciudad* de leprosos, que lo merecen por cierto.

Yo no he conocido más que la de María Tháo, que de las otras ni siquiera quedan ruínas. Pero si para muestra basta un botón, conociendo este Palacio nos podremos formar idea de lo que sería aquella *Ciudad*. Se componía de cuatro pareditas de tierra levantadas sobre un rectángulo de metro y medio de ancho por dos de largo. Los ángulos de este rectángulo eran el punto de apoyo de cuatro cañas plantadas en el suelo, que sostenían el tejadito, tejido de la misma materia y cubierto de paja. La puerta era un cañicito atado con ligaduras hechas de corteza de cañas. Cuando se quitaba la puerta se descubría una abertura que permitía á una persona entrar casi á gatas; y puesta servía de confesonario: la penitente se acurrucaba dentro y yo me sentaba en un taburete fuera en la calle debajo de la bóveda del firmamento. Las ventanas brillaban por su ausencia, bien que no hacían falta, pues la abertura de la puerta daba paso á una cantidad de luz suficiente para alumbrar toda la casa, la cual no era muy alta que digamos. Para formarse alguna idea de su altura baste saber que cuando estaba sentado en mi taburete para oír la confesión de la enferma, con la cabeza tocaba en la paja del tejado.

Descrito el palacio vamos al caso. Cuando ya todos los leprosos habían pasado á mejor vida y sólo quedaba en la colonia María Tháo, se desencadenó un día un tan furioso ciclón, que ha formado época en los anales de este país. Las aguas del mar, arrebatadas por la fuerza del huracán que soplaba con una ferocidad inaudita, atropellaron por diques y valladares; y precipitándose contra las casas en furioso torbellino, dejaron el pueblo



R. P. JOSÉ CAYZAC, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO.

convertido en un montón de ruínas. Apenas quedó una casa en pie, si se exceptúa la del Señor, que sirvió de asilo sagrado á todos los que pudieron llegar á ella, pero muchos fueron los que no tuvieron tiempo de acogerse á dicho seguro y la violencia del ciclón hizo numerosas víctimas.

Y ¿qué hacía entonces María Tháo, sola, sin pies ni manos, enjaulada en aquella frágil barraca, cuando las casas más sólidas del pueblo habían volado cual leves aristas al soplo del huracán? Ningún auxilio podía esperar de los hombres, pues nadie bastaba para sí; acudió á la Virgen Santísima, que es auxilio de los cristianos, y el santo Rosario fué para ella el áncora de salvación. Lo rezó con la mayor devoción que pudo, y luego... «¡Ay, Padre! me decía; yo no sé cómo, me encontré encima del tejado de mi choza. La choza había sido destruída, las encrespadas olas junto con los torrentes de lluvia me azotaban por todas partes; pero yo me mantenía firme encima de mi tejado que resistía tenaz á los embates del vendaval, y como el arca de Noé era traída y llevada de un lado para otro, siempre sus-

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, PINO, 5, BARCELONA

OBRA NUEVA

LUZ DEL ALMA

POR MEDIO DE LAS PRÁCTICAS
MÁS COMUNES DE CRISTIANA PIEDAD

NOVÍSIMO DEVOCIONARIO

PARA TODA CLASE DE PERSONAS

POR

D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

Director de la «Revista Popular»

PROSPECTO

Lo que es el Breviario para el ordenado *in sacris* y para el Religioso ó Religiosa obligados al coro, es el Devocionario para todo fiel seglar. Y así viene á ser un adminículo ó auxiliar del que nadie puede prescindir, si quiere llevar vida medianamente cristiana.

El Devocionario debe tener ante todo un cierto carácter de familiaridad y casera llaneza, para ser como nuestro verdadero amigo

Ayuntamiento de Madrid

de cada día y de cada hora, y para ello debe inspirarse siempre en lo tradicional y sabido por todo el pueblo cristiano. Sólo será comprensible para todos y de provecho para todos, cuando todos puedan en alguna manera sentirse identificados con él, y en él contemplar como un natural y espontáneo reflejo de lo que creen, sienten, aman y esperan. Hemos observado en personas de gran talento y de muy extensos conocimientos profesionales, cierta inclinación y valerse para su uso de los formularios más sencillos de la piedad popular, y de ello pudiéramos citar edificantísimos ejemplos. Los tales comprenden el verdadero objeto del Devocionario.

Se observará en el presente más abundancia de textos explicativos de lo que suele darse en obrillas de este género, y sobre eso nos permitiremos una aclaración.

El pueblo necesita que ciertos rezos se le den literalmente formulados, y nuestra gran modelo la Iglesia nos lo da para la oración litúrgica admirables y á todas luces perfectos. Es la madre que se goza en que repitan sus hijos balbucientes las palabras mismas que oyen de sus labios. Pero es indudable que en muchos casos desea y aplaude y fomenta que sus hijos no se fijen tanto en la frase hecha como en el concepto de la misma, y que dé cada cual á sus preces no oficiales la forma exterior que espontáneamente le brota del corazón. Por esto en algunos casos, no hemos querido aquí dar formulado el acto que recomendamos, sino sugerir la idea de él, dejando á la devoción de cada cual la expresión más acomodada á sus necesidades ó al estado particular de su espíritu en tales ó cuales momentos.

En ese Devocionario que hoy ofrecemos al

pueblo español se ha procurado atender á todas ó casi todas sus necesidades espirituales. De ello podrá convencerse prácticamente quien dé una ojeada al índice ó sumario de su contenido, que es el siguiente:

INTRODUCCIÓN.—PARTE PRIMERA: Cada día.—

Angelus Domini.—Ofrecimiento de las obras.

—Acto de conformidad.—Actos de fe, esperanza y caridad.—Oraciones á María Santísima, á San José, al Angel de la Guarda, al Santo de nuestro nombre.

Ejercicio de la meditación.—Actos de preparación: Modos de orar.—Actos de conclusión.—Ofrecimiento de la Intención del Apostolado.

Documentos de vida espiritual. I. Sobre llevar presencia de Dios.

Modo de oír la Santa Misa. Instrucción sobre este punto.—Oraciones para cada paso de la Misa, parafraseando las partes invariables de ella, ó lo que se llama su ordinario.

Durante el día. Al dar las horas el reloj.—Al sentir alguna tentación.—Al experimentar algún disgusto.—Al recibir alguna buena noticia.—Al oír una blasfemia.—Viendo ó teniendo noticia de alguna desgracia.—Para renovar el acto de presencia de Dios.—Para rectificar la intención de todas las obras.—Al oír doblar á muerto ó recibir esquela funeraria.

A las horas de comer. Instrucción sobre este punto.—Bendición de la mesa.—Acción de gracias después de la comida.

De la lectura piadosa. Instrucción sobre este punto.—Acto de preparación.—Acto de acción de gracias.

Documentos de vida espiritual. II. Sobre la visita diaria al Santísimo Sacramento.

Del rezo cotidiano del Santo Rosario.—De las oraciones de la noche.—Ofrecimiento del descanso.—Recuerdo de los difuntos.—Últimas oraciones.

PARTE SEGUNDA: Cada semana.—De la Confe-

sión.—Oración antes del examen.—Examen general de la conciencia: por los diez Mandamientos: por los cinco de la Iglesia: por los pecados capitales: por los sentidos corporales: por las potencias del alma: por las obras de misericordia.—Después del examen.—Antes de la Confesión.—Después de la Confesión.

Documentos de vida espiritual. III. Sobre tener gran reverencia á los templos.

De la Sagrada Comunión. Instrucción sobre este punto.—Actos de preparación: de humildad: de adoración: de amor: de arrepentimiento: de deseo.—En el acto de comulgar.—Después de haber comulgado: Acto de fe: de esperanza y amor: de agradecimiento: de súplica: de confianza.—Indicación de algunas devociones para cada día de la semana.

PARTE TERCERA: Cada mes.—Días de especial devoción todos los meses.—El día de retiro.—Instrucción sobre estos puntos.

PARTE CUARTA: Cada año.—Diversos tiempos del año eclesiástico.—De los Ejercicios espirituales.—Instrucción sobre estos puntos.

Documentos de vida espiritual. IV. Sobre comulgar espiritualmente.

PARTE QUINTA: Florilegio de devociones varias. *Devociones á la Santísima Trinidad:* Trisagio común: Trisagio abreviado.—Oración en forma de Letanías (para rezo privado) á la Santísima Trinidad.

Devociones al Santísimo Sacramento: Visitas: I. Por algunos pasos del Evangelio. II. Por los sentidos corporales del divino Jesús presentes en la Sagrada Eucaristía. III. Por los principales misterios de la Pasión. IV. Por los actos de fe, esperanza, caridad, contrición, amor y alabanza. V. Por acción de gracias, por desagrazos, por expiación de culpas propias y ajenas, por reparación de injurias y olvidos. VI. Pidiendo perdón, amor, imitación, aborrecimiento del mundo, fortaleza y consuelo.—Quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado.—Letanías del Santísimo Sacra-

mento.—Adoración nocturna: Instrucción sobre este punto.—Oraciones.—Jaculatorias.—Por los agonizantes.—Actos de penitencia, desagravio y súplica.—Acto de consagración.

Documentos de vida espiritual. V. Sobre tener en todo pureza de intención.

Devociones á la Sagrada Pasión. Via Crucis; Instrucción sobre este punto: Ejercicio de las Siete Palabras.—Letanías (para rezo privado) de la Santa Faz.—Deprecaciones á la Preciosísima Sangre en favor de todas nuestras necesidades.—Devota deprecación al Señor Crucificado para alcanzar paciencia en nuestras aflicciones.—Visita al Señor en el Santo Sepulcro.

Documentos de vida espiritual. VI. Sobre llevar vida penitente y mortificada.

Devociones al Sagrado Corazón de Jesús. Oficio parvo del Sagrado Corazón.—Letanías del Sagrado Corazón.—Oficios del Sagrado Corazón: El Promotor: El Reparador: El Adorador: El Amante: El Discípulo: La Víctima: El Esclavo: El Suplicante: El Celador.—Actos de consagración y desagravio al Corazón Sacratísimo.—Ejercicio de la Hora Santa: Oración, consideraciones, preces en forma de Letanías á la Sagrada Pasión.—Oraciones; por la conversión de un pecador; por la salud de un enfermo; por el buen éxito de un negocio; para acertar en la elección de estado ó carrera.—Promesas del Sagrado Corazón.—Al Sagrado Corazón después de comulgar.

Documentos de vida espiritual. VII. Sobre evitar conversaciones inútiles.

Devociones á la Santísima Virgen. El Santísimo Rosario. Instrucción sobre este punto.—Ofrecimiento, misterios é intención especial para cada uno; Letanía Lauretana.—Trisagio Mariano.—Triduo de preparación para las fiestas principales de Nuestra Señora.—Corona de las doce estrellas —Corte de María.—Corona menor en memoria de las Doce Excelencias de María Santísima —Devoto Ejercicio y Visita á la Divina Pastora.—Corona Dolorosa.—Leta-

nía Dolorosa.—Ejercicio y Visita á la Santísima Virgen del Carmen.—Al Purísimo Corazón de María.—Letanías (para rezo privado) al Corazón Inmaculado de María.—Oficio de la Purísima Concepción.—La práctica de las tres Ave Marías diarias.

Documentos de vida espiritual. VIII. Sobre no frecuentar diversiones.

Devociones á San José. Visita mensual al Santo Patriarca.—Ejercicio de los Siete Domingos.—Letanías (para rezo privado) al Señor San José.

Documentos de vida espiritual. IX. Sobre tener meditación y examen todos los días.

Otras varias devociones. Los trece martes ó domingos á San Antonio.—Los cinco domingos al Seráfico Padre San Francisco de Asís.—Los diez domingos en honor de San Ignacio.—Los seis domingos en obsequio á San Luis Gonzaga.—Novena de San Francisco Javier, llamada de la gracia.—Preces para los viajeros.—Oraciones para el día último del año.—Recomendación del alma para los moribundos.—Letanías generales de los Santos.—Letanías del Santísimo Nombre de Jesús.—Visita de los cinco altares para ganar la indulgencia dicha de la Bula.

Documentos de vida espiritual. X. Sobre tener cada día un rato de buena lectura.

Misalito, ó Misas de todas las Dominicas y fiestas principales del año, con todas las de Semana Santa hasta Pascua de Resurrección inclusive.

Documentos de vida espiritual. XI. Sobre pertenecer á alguna asociación piadosa.

Misalito, Misas de las Dominicas y Fiestas principales del año, desde Pascua de Resurrección hasta Adviento.

Documentos de vida espiritual. XII. Sobre aprovechar debidamente el tiempo.

Cantos litúrgicos más usuales en los actos de devoción del fiel seglar: Sacris, Tantum ergo, Miserere mei, Deus.—Benedic, anima mea.—De profun-

dis.—Te Deum laudamus.—Veni, Creator Spiritus.—Ave, maris stella.—Salve Regina.—Magnificat, (todos con su paráfrasis castellana).

Cantos en lengua vulgar para diferentes fiestas del año: Corazón Santo.—Perdón, oh Dios mío.—Dulcísima Virgen.—Oh María, Madre mía.—Altísimo Señor.—Profesión de fe.

Ramillete de breves oraciones y jaculatorias indulgenciadas.

Indicación de libros que más pueden recomendar-se al fiel seglar para meditación y lectura espiritual.—Índice general.

Por este compendiado Sumario puede apreciarse lo que es este libro, muy manual á pesar de las casi ochocientas páginas de que consta. Gran parte de sus ejercicios son completamente nuevos, expresamente compuestos para el caso. Le adornan tres láminas, del Sagrado Corazón de Jesús, del Purísimo Corazón de María y del Patriarca San José. Los hay en toda clase de encuadernaciones, desde las más económicas hasta las más lujosas.

CONDICIONES

Encuadernado en tela flexible con dorados en las tapas, **4 ptas.**; en piel y relieves, **4'50 ptas.**; en tafilete y corte dorado, **7 ptas.**; en chagrín y corte dorado, **10 ptas.** También se encuadernan en piel de Australia, ó de Rusia ú otras superiores, conforme se pida.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, *Apartado 231, Barcelona.*

NOTA. El producto líquido de este Devocionario se destina á la Casa de Hermanitas de los Ancianos Desamparados, de Sabadell. Por tanto el que ayude á su difusión hará gran obra de caridad en favor de los acogidos en dicho piadoso Asilo.

LIBROS DE DEVOCION DEL MISMO AUTOR

Año Sacro ó Consideraciones y Ejercicios para las principales festividades de la Iglesia Católica.—Dos tomos en 4.º, 8 ptas. rústica, 12 tela con plancha grabada expofeso, y 15 en corte dorado.

Devoto ejercicio de desagravios para los tres días de Carnaval.—6 cénts.

Breve Mes de Marzo para honrar á San José.—En 16.º, 30 céntimos rústica, y 60 tela. Otra edición en catalán, á los mismos precios.

Mes de Mayo, consagrado á la Madre de Dios.—En 16.º, 30 céntimos en rústica, y 60 en tela.

Mes de Junio, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.—En 16.º, 38 cénts. rústica, y 75 tela. Otra edición en catalán, á los mismos precios. Edición fina, 75 cénts. rústica, y 1.º 75 ptas. tela.

Mes de Octubre ó rosas de Otoño.—En 16.º, 30 cénts rústica, y 60 tela.

Mes de Noviembre. Reforma y perfección de la vida á la luz del Purgatorio y por medio de la devoción á las benditas almas.—1 pta. tela.

Novena al Espíritu Santo.—En 16.º, 25 cénts.

Novena á la Inmaculada Virgen María, Patrona de España.—En 16.º, 15 cénts.

Novenario á la Reina de los cielos en el Misterio de su gloriosa Asunción.—En 16.º, 15 cénts.

Novena al Niño Jesús en el Misterio de su adoración por los Santos Reyes.—En 16.º, 15 céntimos.

Octavario á Cristo resucitado.—En 16.º, 15 céntimos.

Octavario al dulce Niño de Belén.—En 16.º, 15 céntimos. Otra edición en catalán, á igual precio.

Primer Viernes de cada Mes y mensual día de retiro.—En 16.º mayor, 1 peseta en tela con dorados.

Para los pedidos dirigirse á *D. Miguel Casals*, Pino, 5, *Apartado 231. Barcelona.*

pendida sobre los abismos, y sin hundirse jamás.» La noche lo envolvía todo con su manto y no la dejaba ver ni el sitio en que se encontraba, ni vislumbrar ningún medio de salvación. Cuando al día siguiente los primeros rayos de luz fueron disipando las tinieblas de la noche, pudo echar de ver que el *arca* se encontraba á unos dos kilómetros del sitio donde fué arrancada. Pero la lucha con los elementos aún no había cesado, pues este imponente fenómeno suele durar 24 horas. Continuó, pues, peleando sin otras armas y escudo que su filial confianza en María, hasta la noche siguiente que con los mismos vaivenes y crujir de cañas volvió el tejadito á depositarse en la loma donde antes había estado la casa. Este es el caso que me contó ella misma y que yo ya sabía por otras personas.

María Tháoc, pues, fué el último sobreviviente de la colonia de los leprosos, quien, como llevo dicho, murió en Diciembre último, recibidos todos los Santos Sacramentos con mucha devoción, y puesta totalmente en las manos de Dios. El Señor habrá premiado su paciencia y sus virtudes con la corona inmarcesible de la gloria.

Concluidos los honores funerales se prendió fuego á la choza con todo lo que contenía, y pudo darse gracias á Dios por haber extirpado de Dông Xuyén un zote tan terrible.

SIAN-FU (CHINA)

Los Jesuitas en Sanghai. — Dolorosas pérdidas

Del último número de la *Revista Franciscana* copiamos la siguiente correspondencia:

CARTA DEL R. P. FR. LUIS BORRÁS, O. F. M.

EL 7 de Marzo, por la tarde, fuimos todos los misioneros con el señor obispo Adeodato á visitar los Padres de la Compañía de Jesús, que tienen el Seminario y el Orfanotrofio á más de una legua de distancia de Shanghai. Es por demás decir que se nos recibió con grandes muestras de consideración y afecto.

El Padre Superior, al enterarse de que entre los franciscanos había dos españoles, mandó llamar inmediatamente al misionero español Rdo. P. Tobar, con quien hablé por largo rato, experimentando indecible satisfacción de poder conversar con nosotros en la lengua de Cervantes, toda vez que muy pocas veces se le ofrecen semejantes ocasiones. Este virtuoso jesuita cuenta ya veinticinco años de apostolado en China, y por eso nosotros escuchábamos con grande atención los consejos que se dignó darnos para nuestra futura vida de misioneros. Recorrimos todas las dependencias de aquella hermosa Residencia, el Seminario, los talleres de pintura, escultura, carpintería, imprenta y el famoso Observatorio. Vimos también la hermosa y esbelta catedral que están construyendo, y que está ya muy adelantada, y por cierto que podrá competir con las mejores de Europa. Después nos sirvieron una modesta merienda y nos despedimos de tan buenos Padres muy satisfechos y muy bien impresionados.

A las nueve de la noche del mismo día nos preparamos para emprender de nuevo nuestro viaje. En Shanghai tuvimos que separarnos del señor Obispo y demás misioneros; y al despedirnos nos dijo M. Adeodato: *Ite,*

docete omnes gentes baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritu Sancti; dándonos al mismo tiempo su paternal bendición. Los demás misioneros fueron con nosotros al buque y no nos abandonaron hasta momentos antes de partir el *Limao* que debía conducirnos hasta Han Kow.

El 11, por la mañana, llegamos á Han Kow, encontrando ya en el puerto al simpático misionero español Fr. Gregorio Mariscal, de la seráfica Provincia de San Gregorio el Magno. Estrechónos afectuosamente en sus brazos, dándonos mil parabienes por haber llegado sanos y salvos, acto seguido nos acompañó á la Procuración Franciscana. Allí saludamos al señor Obispo Coadjutor de M. Calxsare, al Procurador M. R. P. Amadeo y demás misioneros que se encontraban en la Procura.

En aquella ciudad tuvimos que permanecer hasta el 26 del mismo mes, en cuyo día nos pusimos en camino para esta de Sian-Fu. Los días que tardamos en llegar á Sian-Fu, que fueron quince, no los pasamos muy felizmente que digamos, primero á causa de los caminos que verdaderamente eran intransitables, y después por las fondas chinas, que no son otra cosa que pocilgas. Pero nosotros nos alegrábamos y consolábamos leyendo una y otra vez la carta que nuestro bondadoso Obispo nos mandó á Shanghai, en la que nos decía podríamos ver y saludar á todos nuestros compañeros españoles, añadiendo que deseaba cuanto antes abrazarnos. Pero, ¡cuán cierto es que el hombre propone y Dios dispone! Apenas llegados á Sian-Fu, lo primero que se nos dijo fué: «¡el Obispo ha muerto!» Dió su alma al Criador tres días después de haber nosotros salido de Han Kow, ó sea el 29 de Marzo. Era M. Atanasio, según testimonio de todos los misioneros, muy amante de los españoles; tanto, que aun en su agonía repetía de vez en cuando estas palabras: «Los españoles tienen muy buen espíritu.» Era de vastos conocimientos y de mucha empresa y trabajador como el último misionero. Pertenecía á la Seráfica Provincia del Sagrado Corazón en América, fundada por los Religiosos alemanes, cuando Bismarck los echó del imperio, siendo uno de los expulsados nuestro fallecido Obispo. Todos lamentábamos tan sensible pérdida; cuando apenas hacía poco más de medio mes que habíamos perdido á M. Atanasio quiso el Señor otra vez probar al Vicariato. El simpático y virtuoso español R. P. Daniel Zarraondia, rector del Seminario y superior de la Residencia, víctima también, como el Obispo, del tifus, entregó su alma al Criador el 2 de Mayo. Era el P. Daniel de grandes esperanzas para el Vicariato, de vastos conocimientos y de mucha virtud. Pertenecía á la Seráfica Provincia de Cantabria. La muerte tanto del señor Obispo como del P. Daniel ha sido la muerte de los justos, habiendo recibido uno y otro los Santos Sacramentos y estando sus almas verdaderamente ansiosas de cuanto antes dejar esta vida mortal.

NOTICIAS VARIAS

Turquía.

La revolución.—Restablecimiento de la Constitución de 1876.—*Los «jóvenes turcos.»*—Nuevo ministerio.—El movimiento revolucionario iniciado en Turquía para restablecer la Constitución

de 1876 ha tenido un éxito completísimo, pues el Sultán se apresuró á convocar las elecciones generales para la constitución del Parlamento, olvidado desde la guerra con Rusia. Ya disponen, pues, los turcos de todas las garantías otorgadas por la Constitución; ya pueden reunirse en mitins y hablar de política y tener periódicos. El régimen del país ha cambiado por completo: desde el absolutismo despótico ha llegado en pocos días á la monarquía constitucional.

A los *jóvenes turcos* se debe principalmente este movimiento. Ellos son los que han conquistado al Ejército, obligando al Sultán á poner en vigor la antigua Constitución. «Son los *jóvenes turcos*, dice un cronista, los más febriles y los más bulliciosos entre todos los emigrados políticos que viven en París. Tienen la movilidad del que espera un resultado inmediato. Viajan. Desaparecen semanas enteras. No preguntéis dónde están. Aunque hayáis acertado á inspirar confianza á sus amigos, ellos no han de deciros por qué tardan en volver ó por qué no vuelven nunca. Quizá se aventuraron demasiado decidiéndose á pisar de nuevo la tierra de la patria, y sólo sabe dónde están sus huesos la policía de Abdul-Hamid. Los que quedan reciben todos los días nuevos emigrantes. No se preocupan por el fracaso. Está muy caldeada su voluntad por la comunicación con los compañeros, por las quejas de sus amigos, de sus parientes. Si les llaman para gozar del triunfo, van. Si los llaman para morir, van también.»

Esta firme voluntad, puesta al servicio de su causa, ha decidido, por fin, el triunfo á su favor.

Pero la misma rapidez con que la transformación se ha operado, es motivo para sospechar que el nuevo régimen no ha de durar mucho tiempo. En primer lugar, el Sultán, que ha jurado apresuradamente la Constitución, parece haberlo hecho, más que por convicción propia de las ventajas que acarreará al país el gobierno constitucional, por temor á que su resistencia excitara los ánimos de los revolucionarios y le obligasen violentamente á abandonar el trono.

Por otra parte, aunque una gran mayoría del país ansiaba esta reforma, no faltan partidarios del gobierno absolutista, á quienes ha disgustado la evolución del país hacia una forma de gobierno liberal á que no están habituados.

Por tanto, aun proclamada solemnemente por el Sultán la Constitución de 1876 y convocado el Parlamento para el día 1.º de Noviembre, no seremos nosotros los que demos por definitiva la situación actual, cuya consolidación ha de ser obra no muy fácil, antes de cuya terminación ha de pasar mucho tiempo, si es que no viene antes, como es de temer, una reacción capaz de contrarrestar el movimiento revolucionario que acaba de producirse.

A provocar esta reacción contribuyen inconscientemente los *jóvenes turcos* que no están satisfechos con la Constitución que actualmente rige. Quieren más libertad y están dispuestos á conquistarla por la fuerza. Así lo han notificado al Gran Visir en un extenso documento, que entre otros contiene los siguientes enérgicos párrafos: «El pueblo otomano merece, sin duda, una Constitución más liberal que la de 1876. Para no traspasar los límites de la legalidad hemos pedido el restablecimiento de esta Constitución; por prudencia no hemos pedido más; pero hoy queremos que el Gobierno amplíe el sentido de los artículos de la ley. Si queréis saber cuál es nuestra fuerza, estamos dispuestos á mostrároslo.»

La lucha, pues, entre liberales y absolutistas es la que ha de decidir en último término de la eficacia del acto llevado á cabo por el Sultán.

Este ha nombrado ya el nuevo ministerio, que parece satisfacer al partido liberal, que rechaza solamente al Ministro de Marina.

Isla Dawson (*Estrecho de Magallanes*).

Florecente Misión salesiana.— Dieciocho años hace, que aquí imperaba incontrastable, sola, la naturaleza en toda la horrida salvaje. Aquí estaba la floresta inmensa, batida por el viento, y entre sus plantas enormes no había estampado su huella el hombre civilizado: esta playa donde hoy avanzan dos hermosos muelles, era el tranquilo punto de reunión de innumerables aves y lobos marinos; las naves balleneras pasaban allá á lo lejos, mirando desconfiadas á estas playas, desde donde podía salir, inesperada y mortífera, la flecha del salvaje. Hoy ved la iglesia; á su derecha el edificio de los Salesianos rematando con el Observatorio; á la izquierda el de las Hijas de María Auxiliadora con los talleres de las indias y el hospital; casitas maravillosamente bien situadas acá y allá al rededor de la iglesia y por las faldas de la colina, destinadas á las familias indígenas. En medio de la plaza surge, reina sin rival, una gigantesca cruz de madera, y junto á ella una elevadísima antena donde ondea la bandera nacional los días de fiesta.

¡Qué cambio! Pero para lograrlo ¡qué de fatigas, qué de sudores, qué de luchas, desde el 4 de Febrero de 1889 en que arribó Mons. Fagnano, el héroe de la empresa, con la primera expedición!

Estos sudores no fueron estériles. Los salvajes acudieron acá como á lugar de refugio. A tropas venían los *Onas* de la Tierra del Fuego, huyendo de las balas de los civilizados que llegaron á pagar á libra esterlina cada cabeza de indio; llegaban en sus canoas los *Acalufes*, prefiriendo á la vista peligrosa de los canales, la compañía de los *Padres buenos* y los materiales cuidados de las Hijas de María Auxiliadora.

Un soplo de religión pasó sobre esas almas feroces, mitigando sus pasiones salvajes; el hábito del trabajo vencía los hábitos de holgazanería é indolencia y descuido; lentamente, si se quiere, á grandes sorbos los primeros rudimentos del saber, impregnados, dulcificados, vivificados por la Religión; hasta se formó una banda de salvajes que desde lo alto de la plaza los días festivos derramaba las armonías sobre centenares de indios, y que, llevada á Puntarenas por deseo expreso del Gobernador, dejó asombrados á cuantos la oyeron.

Estaba casi alcanzado el ideal magnánimo de Mons. Fagnano, concebido con tanto atrevimiento y perseguido con tan heroica abnegación por sus compañeros: la raza fueguina estaba á salvo, al menos en el alma.

Mas ¡ay! no fué lo mismo en cuanto al cuerpo. Las violentas persecuciones que habían sufrido en su mismo territorio, con sus inevitables corolarios de rabia, despecho, dolor y aturdimiento, y más todavía el hábito de nefandos vicios aprendidos en las escuelas de los Blancos; finalmente, el mismo tránsito de la vida nómada á la civilizada, desvirtuaron su fibra y los predispusieron á la tuberculosis que sembró entre ellos la muerte. Quien visita el cementerio, situado allá sobre un ribazo, y piensa en los 800 indios que allí duermen bajo aquellas cruces, se siente invadido de una onda amarga de tristeza y compasión indecibles; pero si oye hablar de sus muertes, verdaderamente cristianas, algunas de ellas acompañadas hasta de apariciones y fenómenos ultraterrenos, bendice en su corazón los designios de la Providencia que por medio de los hijos de D. Bosco hizo brillar los esplendores de la verdadera fe sobre esta pobre raza agonizante.

Estados Unidos.

La casa del Presidente MacKinley.—Se están haciendo actualmente las obras y cambios necesarios para transformar la casa del difunto Presidente MacKinley, en Canton, Ohio, en un

hospital católico. El nuevo establecimiento se abrirá dentro de poco. El pequeño edificio detrás de la casa principal servirá de dormitorio para las Hermanas de Caridad que tendrán cargo del hospital. El granero servirá de lavadero. Una sala para las operaciones quirúrgicas se está construyendo con todas las conveniencias modernas dentro de la casa principal. El hospital será de inmenso beneficio á la ciudad de Canton, que carecía de semejante conveniencia.

El Papa honra á los negros.—Su Santidad Pío X acaba de dar una muestra de aprecio á los negros católicos de Filadelfia por medio de una carta escrita á ellos de su mano. La carta autógrafa dice así:

«A nuestros muy amados hijos de la raza oscura ofrecemos nuestras felicitaciones y nuestras gracias; y para que perseveren en su santa fe, y por medio de su buen ejemplo guíen á sus conciudadanos á la luz de la verdad, Nos, de todo nuestro corazón, les damos en el Señor nuestra bendición apostólica.—Pío PAPA X.»

Consagración de un Obispo polaco.—El miércoles 29 de Julio el Sr. Arzobispo Quigley, de Chicago, consagró en la Catedral del Santo Nombre, de aquella ciudad, al Rdo. P. Rhode como Obispo auxiliar de Chicago. El Sr. Obispo Rhode es el primero de su nacionalidad que ha sido elevado á la dignidad episcopal de este país. Los millones de polacos en los Estados Unidos están muy satisfechos con su promoción, y muy agradecidos al Sr. Arzobispo Quigley, por cuyo medio han recibido este honor. El nuevo Obispo tiene solamente 37 años de edad.

Cuando se terminó la función en la Catedral, el coro entonó con entusiasmo, al mismo tiempo que con devoción, el himno nacional «Dios, salva á Polonia.» Al instante todos los polacos presentes, hombres y mujeres, sacerdotes y monjas, y primero que nadie el nuevo Obispo, se unieron con sus voces al coro para invocar la misericordia de Dios sobre su amada y oprimida patria. El recuerdo que muchísimos de sus compatriotas, habían sido arrastrados á las prisiones en Rusia, Prusia y Austria, por haberse atrevido á suplicar á la misericordia de Dios por medio de este himno, hizo prorrumper á muchos en copioso llanto. Por la noche 20,000 polacos, vestidos de los uniformes de las sociedades instituidas en las 32 parroquias polacas de la ciudad, escoltaron en gran parada con banderas y bandas de música al nuevo Obispo á visitar las cuatro iglesias principales del distrito polaco, mientras un gentío inmenso que no bajaba de 200,000 de la misma nacionalidad, se entregaba á las demostraciones más entusiastas de júbilo. Dios quiera oír sus ruegos y dar alivio á su pobre patria.

La escuadra americana y los leprosos.—Hay algunos acontecimientos á veces que hasta los periódicos más noticiosos olvidan de registrar. Al fin y al cabo no es posible descubrir todo lo que pasa en el mundo, y no son todos los acontecimientos grano para el molino de la prensa.

Será sin duda agradable á nuestros lectores oír que á petición del Hermano José Dutton (el amigo de los leprosos de Molokai), petición apoyada por el Gobernador de las Islas de

Hawaii y por otros oficiales del lugar, la grande escuadra americana, en su viaje de San Francisco á Honolulu, pasó cerca del melancólico paraje hecho inmortal por el heroico sacrificio personal del P. Damien, con el objeto de proporcionar á los leprosos la satisfacción de ver los famosos buques de guerra de los Estados Unidos. Esto era como dejar el camino real y entrar en un callejón; pero el Secretario de Marina, los comandantes de los buques, todos los interesados, en una palabra, accedieron á la petición con muchísimo gusto. Y así se verificó que el 16 del pasado la escuadra entera se acercó á Kalawao, proporcionando así un día de fiesta para los pobres leprosos, de cuya memoria no se borrará el recuerdo de este día mientras dure el lazareto.

Brasil.

Una banda musical de «indiecitos» de paso por Montevideo.—Copiamos de *El Bien*, de Montevideo, fecha 20 de Mayo:

«Vamos á consignar un hecho que no tiene quizás antecedentes en la historia.

En el vapor «Estrella» acaba de llegar, procedente de las selvas de Matto Grosso, un grupo de indiecitos de la tribu de los *Bororos-Coroados*.

Los acompaña el R. P. Malán, Superior de las Misiones salesianas en esas regiones. Son todos niños de 8 á 16 años de edad, educados en estos últimos cuatro años en la Colonia del Sagrado Corazón, fundada por dichos misioneros á orillas del río Araguaya y de sus afluentes, al Este de Cuyabá.

El Gobierno brasileño, sabedor de la obra altamente humanitaria que ejercen allí los Salesianos, les presta el apoyo más decidido.

Hoy, al inaugurarse la gran exposición nacional en Río Janeiro, costea el viaje á este grupo de indiecitos que, organizados en banda musical, harán resonar sus notas en ese torneo del progreso.

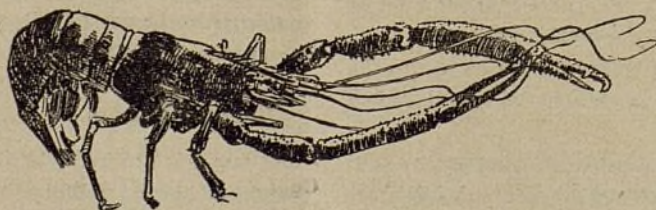
Se persigue con ese viaje el doble fin de poner á la vista de todo el mundo los resultados de las Misiones, y de desplegar por vez primera ante los ojos asombrados de esos pobres indios las grandezas y los progresos de su patria, el Brasil.

Hemos pedido informes sobre las condiciones de estos pequeños artistas de las florestas tropicales, y se nos asegura que bajo la dirección de los misioneros han hecho progresos admirables.

No sólo comprenden bastante bien el portugués, sino que empiezan á leerlo y escribirlo. Además se han dedicado con ventaja al aprendizaje de varios oficios, como ser de carpintería, herrería, sastrería, etc.

Es probable que sean nuestros huéspedes por unos días, mientras esperan el vapor que los ha de llevar á Río Janeiro. Nosotros no dejaremos de ponernos en contacto con ellos y nos apresuraremos á transmitir á nuestros lectores nuestras impresiones personales.

Por el momento vaya nuestro más afectuoso saludo á los queridos *Bororos-Coroados* y nuestro aplauso más entusiasta á los misioneros salesianos por su obra y á las autoridades brasileñas por su cooperación altamente patriótica y humanitaria.»





JAPÓN. — ESCENA JAPONESA. — Reproducción directa de fotografía.

MEMORIAS DE UN SALVAJE

POR EL R. P. JOSÉ CAYZAC

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN EL KIKUYU (ÁFRICA ORIENTAL)

(Continuación)

VII. Edad de oro



N Kikuyu, el *ndero* era considerado como un hombre-mujer; entre nosotros el hombre no es digno de su sexo hasta que ha muerto á uno de sus semejantes...

Aun los «viejos», cuyas canas les dispensan de pensar en hazañas de guerra, hacen distinciones entre ellos.

Un «viejo» *ndero* no podía aceptar nada de manos de un compadre *mooragani*, ni siquiera un cigarrillo, sin antes haber escupido en su mano, en aquella mano heroica que había muer-

to á un hombre...

¡Y yo, *mooragani* de veinte años, ya tenía colgados tres escudos y tres lanzas de las paredes de mi casa!!

* *

Sin embargo, antes de disfrutar los honores que me eran debidos, tenía que purificarme de la mancha de mi triple asesinato.

Esto parece contradictorio: pero la hazaña que me daba tanta gloria había impreso en mi alma el sello del *sakou* (pecado), y debía borrarlo cuanto antes.

Dormí, pues, en el bosque, en el corazón de la selva, siete noches consecutivas; luego, mediante un carnero que ofrecí como penitencia, el viejo hechicero se dignó

darme la absolución de éste y de todos los demás pecados. Por fin, fuí oficialmente declarado *mooragani*, es decir, digno de todo honor y de toda gloria.

¡Entonces sí que recorrí los pueblos paseando orgulloso mi gloria! Las mujeres me salían al encuentro, cantándome el *hari*, himno á los vencedores... Por cualquier lugar donde pasaba me seguía una multitud cada vez más numerosa de danzantes que proclamaban incansables mi extremada valentía.

Este era el momento favorable para elegirme esposa.

En Kikuyu los jóvenes se casan cuando pueden, esto es, cuando tienen el número de vacas y carneros que exige de ellos el padre de la novia.

Mi padre me había legado un hermoso rebaño. La cuestión de la dote—tan difícil para otros, y que muchos no llegaban á resolver sino á costa de numerosas expediciones y de innumerables lanzadas y sablazos, cuando no dejaban su cadáver para pasto de las aves de rapiña en la llanura,—no era tal cuestión para mí.

Era rico; podía elegir mi novia entre todas.

Las jóvenes del Kikuyu, las danzantes, las *aireto*, las que aspiran al matrimonio, son muy difíciles, muy orgullosas y muy independientes.

Los dos ó tres años que precede á su matrimonio, es para ellas la edad de oro. Su padre no les niega nada cuando se trata de hacerlas más hermosas y de aumentar su precio. Aparte de dos ó tres horas que trabajan

en el campo, pasan el día componiéndose y bailando con los *anaké* (guerreros).

Sin embargo, ningún padre kikuya sería capaz de violentar á su hija haciéndole aceptar por marido un hombre á quien ella no amase; nuestras jóvenes antes que casarse á disgusto, se ahorcarían ó se echarían al río.

No bastaba, pues, ser rico; precisaba ganar los corazonces; pero había tantos que sólo latían por mí...

Seleccioné y fueron dos las preferidas; lo difícil fué saber por cuál decidirme, si por la una, que era muy bajita, ó por la otra, que era muy alta.

En el Kikuyu tenemos un medio para resolver tan arduo problema.

¿Pensaréis, acaso, que el tal medio es casarse con las dos? ¡nada de esto!

Al amanecer de un día tomé un puñado de mijo, y, sin que nadie me viera, fuí á un camino desierto y esparcí la mitad á la derecha de él y la otra mitad á la izquierda.

El mijo de la derecha correspondía á la muy alta y el de la izquierda á la bajita.

Durante el día el ratón pasearía por allí y comería mijo, aconsejándome así cuál de las dos debía elegir.

Por la noche, también solo sin ser visto, fuí á examinar qué tal estaba el mijo: mi corazón latía con violencia.

El ratón había comido el mijo de la bajita. Luego me aconsejaba que la eligiera por esposa y que le declarara mis deseos cuanto antes, asegurándome la más cordial acogida...

Un día en que brillaba espléndido el sol, después de invertir unas horas febriles en mi tocado, me dirigí al campo donde estaba mi pequeña.

Halléla descansando á la sombra de un banano, y me

invitó gentilmente á sentarme, ofreciéndome maíz tostado.

Contento con tales muestras de simpatía, me atreví á hablarle y empecé con una mentirijilla: «Vengo de entregar un primer carnero á su padre...», la dije.

Ella se echó á reír como una loca.

Esta risa significaba que me había comprendido y que se burlaba de mi excusa, y significaba también que podía empezar á pagar la dote, porque ella me correspondía.

Pero, como os dije antes, estas señoritas son muy difíciles.

Ella impuso condiciones. Sería definitivamente mi esposa cuando hubiera añadido á su dote dos hermosas vacas... robadas á los Massais en pleno día.

VIII. Edad de hierro

Así nos gobernaban á su antojo nuestras dulces novias. A nosotros correspondía afrontar mil peligros, sufrir privaciones y fatigas sin cuento. La mitad ó más de la mitad de los que salíamos llenos de ilusiones anhelando complacer los caprichos de la mujer amada, no volvían. Ellas gozaban diciéndoles á sus amigas: «Mi novio pagó para dotarme dos vacas hermosas, botín de guerra.»

Gozando la edad de oro nos imponían la edad de hierro...

Y si el infeliz guerrero quedaba tendido en el campo traspassado por una lanza ó hundido el cráneo, ellas dominaban estoicamente toda manifestación de dolor: «*Ngai*, esto es, ¡Dios lo ha querido!»

Y proseguían cuidando de su *toilette*, y danzando incansables, esperaban con paciencia otro hermoso día, en que el pícaro ratón declarara á otro joven enamorado cuál era su preferida.

(Continuará).

LOS MISIONEROS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARIA EN LA CIUDAD DE ANTOFAGASTA (CHILE)

(Conclusión)



Lo que hace la constancia y el celo lo veremos en la transformación del barrio donde está enclavada la casa é iglesia de los Padres. Ocho ó diez personas acudían á oír Misa los domingos á nuestra llegada hace cinco años; ahora acuden unas 700 personas. Se llamó á los niños para hacerles Catecismo: ¿quién lo dijera que antes de poco se habían de juntar unos 200? Y los frutos de ese Catecismo se manifiestan más claros cada año el día de la Purísima en que hacen su primera Comunión. El 8 de Diciembre de 1907 comulgaron 70 niños de primera Comunión, y con otros que los acompañaron fueron 120. ¡Cuántas parroquias del Sur querrían contar un número tan respetable en sus primeras Comuniones!!! Y eso á pesar del mal nombre que tienen en todas partes las ciudades del Norte, sobre todo Antofagasta.

Con fecha 21 de Abril de este mismo año, nos escribía el reverendo Padre Superior, Anselmo Santesteban:

«Voy á darle muy buena noticia sobre Semana Santa. Hemos tenido el grandísimo consuelo de ver la iglesia repleta de fieles en varias distribuciones y en todas una concurrencia extraordinaria, aun en la noche. El Jueves Santo por la noche no cesaron las visitas á Jesús Sacramentado, llamando la atención sobre todo las devotas archicofrades del Corazón de María. ¡Cuántas veces me acordé de V. R. y de lo mucho que habría gozado al ver en esta iglesia tanta devoción y concurso! ¡Bendito sea Dios!»

Otro de los medios de que se han servido los Padres, y con muy buen éxito para hacer el bien, es la propaganda católica. Libros y toda clase de objetos piadosos se han propagado con grande difusión, no sólo en la ciudad, sino en las oficinas salitreras, y en todo el Vicariato de Antofagasta. Testigos de los inmensos bienes que esto produce somos muchos que lo hemos palpado con nuestras manos. Y todos estos bienes que acabo de enumerar se han extendido á Tocopilla, Calama, Mejillones, Gatico y San Pedro de Atacama.

NECROLOGÍA

El R. P. José J. Martín, O. S. A., misionero de Hunang Septentrional (China)

EL P. José José nació en Andavías, provincia de Zamora, el 19 de Marzo del 1875. A los trece años empezó los estudios de Latinidad, y concluidos éstos, regresó en el Colegio de Padres Agustinos, de Valladolid, haciendo su profesión al siguiente año en el ya citado Colegio. Allí le conocí yo por vez primera, y recuerdo que su agradable modestia y compostura, su asidua observancia de las Reglas, su puntual asistencia á todos los actos de Comunidad, y especialmente al coro, su carácter ingenuo y sencillo, y, más que todo, cierto reflejo de candor y de virtud, hacían que nos fijásemos en él, los que entonces éramos novicios y que le considerásemos como un dechado de religiosidad y de observancia. Después he podido confirmarme en que así era, pues he tenido ocasión de tratarle más de cerca. Los superiores jamás tuvieron que imponerle el más leve castigo y solían proponerle como modelo cuando querían exhortar á otros Religiosos á la virtud.

Terminado con lucimiento el curso de Filosofía en Valladolid, pasó á continuar la carrera eclesiástica á la Vid, y de la Vid, sin poderla concluir, y sin haberse ordenado de sacerdote, á causa de haber notado en él síntomas de tuberculosis. Fué enviado prematuramente á Filipinas, á ver si con el clima saludable de las Islas desaparecía la enfermedad y lograba restablecerse...

Muy bien le pintaba al P. José en Manila, pero, á causa de la inieua revolución del 98, fué mandado por los Superiores á Macao, donde tuvo la dicha de ordenarse de sacerdote, en Diciembre del mismo año, celebrando la primera Misa con gran alegría y fervor de espíritu, en Enero del 99.

Entonces, á medida que de las provincias iba llegando gente disponible á Manila, trataban los Superiores de dar mayor crecimiento y desarrollo á las Misiones de China, y aunque nunca hubieran enviado allá al Padre José, por lo delicado de su salud, él, que no tanto se fijaba en las fuerzas del cuerpo, cuanto en las energías del espíritu, lo pidió con vivas instancias, una y otra vez, obteniendo, á fuerza de ruegos y súplicas, el solicitado permiso de los superiores, y embarcándose á los pocos días de obtenido para China, en compañía de los PP. Anacleto, Fernández y Alvaro Arroyo, con quienes llegó á Han-kow á mediados de Febrero del 99.

En Han-kow dió principio con el P. Anacleto, el Padre Arroyo y otros Padres que habían venido anteriormente, al estudio del idioma, manifestando desde los primeros días una aplicación grandísima y una facilidad poco común para el chino, consiguiendo por tanto en poco tiempo hacer grandes progresos... Decirle á él, cuando tan animado estaba, aunque fuese por broma, que no se molestara tanto en estudiar, que estaba delicado, y que, por lo mismo, no podría subir á la Misión, era herirle en lo que más sentía. ¡No poder realizar el dorado ensueño de su vida, no poder subir á la Misión, él, que tan ardientemente lo había deseado, que con tan vivas instancias lo

había pedido... él, que en trabajar en la propagación del Evangelio cifraba sus dichas y sus glorias!... Casi lo tomaba por un agravio, y con cierto aire de extrañeza, y cierta graciosa sencillez, preguntaba: «¿Pero habla de veras?» como admirándose de que se atreviesen á decirle tales cosas; y, no obstante, una tosecilla que le denunciaba, ponía todo su empeño en probarnos que estaba tan robusto como el que más, con lo cual, si bien no era cierto entendido del cuerpo, sí lo era, y mucho,



R. P. JOSÉ J. MARTÍN, MISIONERO DE HUNANG SEPTENTRIONAL (CHINA)

entendido del espíritu, cuyas disposiciones de virtud, celo y entusiasmo eran verdaderamente envidiables. Estaba tan dispuesto y animado á trabajar como el que más; así que pasados unos ocho meses de preparación en Han kow le mandaron los superiores á subir á la Misión del Nie-kie-se, al lado del P. Agustín González, á perfeccionarse en el idioma y en la inteligencia de los usos y costumbres, condiciones estas dos absolutamente necesarias en todas partes, y especialmente en China, para misionar con fruto, obteniendo tal éxito que, en muy poco tiempo, estaba suficientemente dispuesto para seguir con fruto la Misión de Sa-tán, que le fué encomendada. Aquí, distante nueve leguas del misionero más próximo, rodeado de altísimas montañas, solo, en medio de solos paganos aferrados á sus supersticiones, empezó á trabajar con verdadero celo de apóstol, sin darse punto de reposo, corriendo de un lugar á otro, haciendo penosísimas jornadas, predicando *oportune et importune*, aprovechando todas las ocasiones, todos los momentos para ganar almas y extender el reinado de Jesucristo (cumpliendo exactamente el consejo de Nuestro Señor: «trabajad mientras dura la luz»), como quien presiente lo breve de su ca-

rrera, y lo limitado de su vida, para comerciar con los talentos que Dios le había liberalmente concedido, como lo prueba el que en solos los tres años que estuvo de misionero en dicho punto, llegó á formar una floreciente cristiandad.

Joven entonces de treinta y un años, lleno de entusiasmo y de celo por la gloria de Dios, quizás en algún momento de fervor avanzó más allá de lo que la prudencia humana aconsejaba; pero, haciéndolo llevado del ardiente deseo de ver ondear el lábaro de la Cruz en todas partes, como lo hacían los Mártires que, en un ímpetu de su corazón, echaban por tierra los ídolos, los pisoteaban, y demolían sus altares... Atendiendo los superiores á su salud, de Sa-tán le enviaron á Yuen-kiang, donde desplegó el mismo fervor religioso, el mismo celo por la salvación de las almas y el mismo incansable afán de ganarlas á todas para Dios, sin que le amedrentase en lo más mínimo, ni los rigurosos fríos del invierno, ni los extremados calores del verano, ni las privaciones á que se veía expuesto en viajes donde, á veces, ni monigote se hallaba que comer.

Efecto, sin duda, en parte del excesivo trabajo, empezó á revivir la pasada enfermedad, á resentirse del pecho, y aun, alguna vez, á arrojar sangre por la boca; el menor ejercicio le fatigaba y la tos se le arraigaba más de día en día, síntomas todos inequívocos de tisis. Consultó á varios médicos chinos, quienes hallaban la enfermedad facilísima de curar, pero que en realidad no consiguieron más que empeorarle con sus medicinas, lo cual le obligó á bajar, primero á Han-kow, después á Shang hai, donde por ser el clima saludable y benigno, y haber por otra parte buenos médicos europeos, esperábamos podría mejorar, como así fué en efecto. Mucho adelantó allí el P. José, en poco tiempo; y, si no curó radicalmente, tal vez en ello tuvo algo de culpa el mismo P. José (culpa que, al fin y á la postre, cede en honra suya). Su situación era algo violenta: aunque estaba allá con el cuerpo, vivía en la Misión con el espíritu; en ella pensaba y soñaba, de ella quería recibir noticias á todas horas, y allá enviaba frecuentes y animosas cartas asegurando estar ya sano por completo, y con vivos deseos de subir cuanto antes al Vicariato.

Nacido para misionero, considerábase allí fuera de su centro, y sólo la prescripción del médico era la que podía contenerle, así que, no bien le dió patente de sanidad, el P. José voló gozosísimo á abrazarse con los suyos y á reanudar sus tareas apostólicas por algún tiempo interrumpidas.

Al volver se hizo cargo de la Misión de Yung-yang, á donde le destinaron los superiores en compañía del P. Palomino, con la condición de que, sobre todo al principio, y luego, mientras los calores del verano, se abstuviera de todo trabajo fuerte, hasta que fuera probando si estaba en disposición de misionar ó no, pues ya temían lo que iba á suceder... El P. José, como siempre, excesivamente confiado en sus fuerzas, se pudo convencer á los dos meses de que, si el espíritu estaba pronto y fuerte, la carne, empero, estaba flaca y enferma. Al llegar los calores empezó á sentirse mal, muy mal... le faltaba la respiración... se sentía morir... y privado, como estaba, en la Misión, de toda clase de

remedios eficaces, tuvo que ponerse á toda prisa en camino y desandar el trayecto que pocos meses antes había hecho, con el alma aún llena de ilusiones... Efecto del gravísimo estado en que se encontraba, y que crecía de día en día, tuvo que detenerse en Han-kow. Llegó á este punto el 7 de Junio, y el 13 de este mes le atacaron unos vómitos de sangre tan fuertes, que, el P. José Pons se vió en la necesidad de administrarle los Santos Sacramentos. Por fortuna, cuando ya tenía perdidas todas las esperanzas, comenzó á mejorar un poquito y así siguió hasta el 13 del mes siguiente en que volvieron á repetirle los vómitos, después de los cuales, continuó mejorando lo imprescindible para poder bajar á Shang-hai, á cuyo punto llegó el 5 de Septiembre, acompañado del P. Victoriano Andrés, que también había bajado enfermo de la Misión, y que, gracias á Dios, ya se hallaba completamente restablecido.

Al llegar á Sang-hai los médicos dijeron que ya era tarde... que la tisis estaba muy adelantada, que tal vez el clima de Filipinas... y pocos días después, el P. José, sumiso, obediente, resignado, con el dolor en el alma por separarse de su amada Misión, con el amargo presentimiento de no volver á ella jamás, acompañado del P. Nicolás Merino, salió para Manila.

Allí, como suele suceder á los que padecen esta enfermedad, tuvo varias alternativas, en las que, unas veces se disponía á morir, y otras en que se creía con alientos, ó, por lo menos, concebía esperanzas de volver á China, pero siempre alegre y resignado en un todo á la voluntad de Dios. No mucho tiempo antes de morir escribía una carta al P. Juvencio y otra al Padre Pons en que les decía, con aquel humor habitual y característico que supo conservar aun en los días más penosos de su enfermedad: «Pronto, pronto me embarcaré para... uno de los nichos del panteón de este Convento, se entiende de este cuerpo miserable que se desmorona, que lucha por volver al polvo, que el alma, según espero en Dios mi Salvador, se embarcará para el cielo.» Efectivamente, poco tiempo después, recibimos noticia de que el peligro iba siendo cada día más inminente, y, un poco más tarde, la víspera de la Resurrección, un lacónico telegrama del P. Pons en que nos comunicaba su fallecimiento... Cartas recibidas después decían: «El P. José José, que durante su penosa enfermedad edificó á todos con su ejemplo de resignación y acatamiento á la divina voluntad, nos edificó también con su preciosa muerte, ocurrida en este nuestro Convento de Manila el día de Sábado Santo, después de recibir con mucho fervor los Santos Sacramentos, al entonarse el *Gloria* en la Iglesia que fué él á cantar, según esperamos confiadamente, al cielo con los Angeles y Santos, resucitando con Cristo á la vida de gloria para nunca más morir... Terminó su carrera á los 33 años de edad, cuando más se podía esperar de él... Su mejor elogio que podría servirle de epitafio son las palabras del Sabio: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa*. R. I. P.—P. A. DE P.

LIMOSNAS

para coadyuvar á la Santa Obra de la Propagación de la Fe

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 6 Ptas.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

LOS CABALLEROS TEUTONICOS

(Continuación)

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

Lejos de haber olvidado á Zbyszko, Inés sólo pensaba en él, y ahora que estaba viudo—sin que jamás hubiese estado casado en el sentido preciso de la palabra—su único sueño era llegar á ser su esposa.

Por fin, una tarde, en el momento en que Mateo se encontraba en Zgorelitz en compañía de Inés, vióse llegar al galope de brioso corcel á un escudero de Bogdanietz con misión de anunciar la llegada de Zbyszko.

Zbyszko venía directamente de Spychovo, á donde, antes de volverse á Bogdanietz, había ido para depositar en el panteón de Danusia y de sus padres toda una colección de plumas de pavo real y de avestruz.

Volvió enfermo, extenuado el cuerpo por las fatigas de la guerra y cubierto de heridas apenas cicatrizadas.

Y como en otro tiempo había prodigado sus solícitos cuidados al anciano Mateo, la bondadosa y encantadora Inés se entregó al cuidado de Zbyszko con esmero y cariño ilimitados...

Algunas semanas después Zbyszko estaba ya repuesto por completo y tan robusto como antes.

Su tío, que siempre había soñado en casarlo con Inés, esperaba con impaciencia el día en que Zbyszko se decidiese por fin á hacer una declaración á la huérfana de su amigo Zych.

Mas el joven caballero parecía ignorar por completo los proyectos de Mateo y no comprender sus insinuaciones acerca de su matrimonio.

—¿Sigues pensando en Danusia? le pregunta un día su tío, intranquilo en el fondo, pues su mayor preocupación era la posteridad de su familia.

—¿Quisierais que no pensara en ella? le contestó Zbyszko con cierto tono de reproche. Jamás podré olvidarla...

Lo cierto era, sin embargo, que Zbyszko al pensar en Danusia, la entreveía en sus sueños no como á una mujer que había perdido, sino más bien como á una santa á la cual había consagrado respetuoso culto, culto que estaba resuelto á tributarle toda su vida... En una palabra, el recuerdo que guardaba de Danusia no tenía nada de terrenal. Era un recuerdo dulce, lleno de ternura, mas casi religioso. Le dirigía fervientes plegarias como en otro tiempo las dirigía á la reina Euduvigis: como antes y ahora las dirigía á los Santos.

Su alma se remontaba hasta Danusia, pero su carne permanecía en la tierra... Y su carne era joven, vigorosa y sana... Y no estaba lejos el momento en que esta carne levantaría la voz y pediría tributos...

Esta idea consolaba al anciano Mateo, hombre de experiencia, y profundo conocedor de la naturaleza humana.

Por fin un día, irritado contra su sobrino, se vale de una estratagema. Le anuncia su propósito de casarse él con Inés...

—Soy viejo, le dice, pero bien conservado, y puesto que tú, parece, tienes intención de hacerte fraile, no veo por qué no he de casarme yo con ella...

Zbyszko no dijo palabra, mas instantes después, descargó una lluvia de severos reproches contra su tío diciéndole que nunca le había querido... que era un mal tío.

—¡Eres un imbécil! fué lo único que le contestó el tío.

Horas después Zbyszko encuentra á Inés.

—¿Es verdad, le pregunta, que mi tío te pidió en matrimonio?

—Sí, responde la joven sonrojándose... pero no para él...

Y, avergonzada de haber hablado tanto, se puso colorada como la escarlata.

Entonces Zbyszko comprendió en un momento lo mal que haría no casándose con Inés, que lo amaba tanto y de tanto tiempo...

—Inés, exclama, Zbyszko. ¿Quisieras de veras?...

Y cogiéndole una mano la estrechó con amor entre las suyas.

En esto llega Mateo y al verlos se sintió tan dichoso que poco le faltó para llorar de júbilo.

XXXVI



INCO años más tarde, después que Inés dió á luz por cuarta vez, estalló al fin la gran guerra entre Polonia y los Caballeros Teutónicos; aquella guerra de tanto tiempo esperada y de la cual no había sido más que prólogo, una entrada en materia, la última campaña del Duque Witoldo; aquella guerra que iba por fin á quebrantar el poderío de los Caballeros Teutónicos.

El anciano Mateo recibió la noticia de la declaración de guerra con feroz alegría. Llegaba al fin la ocasión de encontrarse con Lichtenstein, con el cual tenía cuentas pendientes.

Desde los últimos acontecimientos de Cracovia, en los que Zbyszko estuvo á punto de perder la vida, Mateo había hecho dos votos: el de ir en peregrinación al sepulcro de la reina Euduvigis y el de quitar la vida al caballero teutónico Lichtenstein.

El primer voto lo cumplió perfectamente; en

cuanto al segundo, circunstancias ajenas á su voluntad le habían impedido ejecutarlo.

El haber sido nombrado Lichtenstein Gran jefe de la Orden Teutónica lo imposibilitaba de aceptar la tarjeta de desafío del caballero polaco.

Por eso Mateo había esperado la guerra durante muchos años con febril impaciencia; solamente la guerra podía ponerlo en presencia de Lichtenstein...

—¡Ahora nos veremos! se decía entre dientes, al día siguiente de la publicación del edicto convocando las tropas del país, cuando montaba á caballo en compañía de Zbyszko...

Mateo y Zbyszko acudieron á la convocatoria de su rey acompañados de numeroso séquito. Los dos caballeros de Bogdanietz no eran ya ahora nobles de menor cuantía, hidalgos de poco pelo: eran ricos y poderosos señores cuya influencia y nombradía alcanzaba á cien leguas á la redonda...

Después de haber pasado por Siedaroz se dirigieron á Dombrovna, donde se encontraba el Estado mayor general de los ejércitos del rey.

El ejército polaco tenía por general en jefe á Pan Zyndram de Myszkovo, á quien conocen ya nuestros lectores por haberlo visto en la corte de Cracovia; los lituanios, los samogitianos y los tártaros, aliados de Polonia, eran conducidos por el gran Duque Witoldo.

Pan Zyndram de Myszkovo era el brazo derecho del rey Jagello.

Enemigo encarnizado de los alemanes, se había valido de su influencia sobre el rey para impulsarlo á esta guerra, que consideraba de absoluta necesidad y un deber hacia la patria, cada día más amenazada por la Orden Teutónica.

Mateo y Zbyszko encontraron en Dombrovna, además de Pan Zyndram de Myszkovo, á quien conocían ya de muy antiguo, á otros muchos amigos: Pan Zavischa Sulimczyk, «el modelo de los caballeros», Pan Farurey, Pan Paschko de Biskoupitz, Pan Povala de Tatcheff y otros varios.

—¡Oye, dice á Zbyszko Pan Povala, grandes cuentas tienes pendientes con los Caballeros Teutónicos! Así que espero que ahora tendrás ocasión propicia para pagarles todo lo que les debes...

—De veras que sí, responde Zbyszko, les pagaré todo... con mi sangre, si es preciso...

—¿Y sabes ya que el célebre Lichtenstein es ahora Gran mariscal? dice Pan Paschko.

—Sí, lo sé... y mi tío lo sabe también.

—Espero que tendremos el gusto de encontrarnos, pues necesito tratar con él acerca de un asunto particular...

Y en sus ojos brilló una feroz mirada.

De súbito ábrese de par en par la puerta de la estancia donde se encontraban reunidos, y Zbyszko ve entrar un caballero á quien no conoció al primer instante. El recién llegado se fué derecho hacia él, y le dice en lengua polaca, mas con marcado acento extranjero:

—¡Yo te saludo, caballero Zbyszko de Bogdanietz!

—¡De Lorche! exclama Zbyszko después de haberlo mirado de cerca.

Y se le echa al cuello.

—¿Cómo? ¿tú aquí con nosotros? repetía al mismo tiempo que lo estrechaba entre sus brazos. ¡Mi buen amigo, bravo de Lorche, que feliz soy de verte á mi lado!

Entonces de Lorche le explicó que se había hecho caballero polaco en toda regla, pues se ha establecido definitivamente en Mazovia... después de haberse casado con la hija de Pan Nicolás de Dlugolas...

—¿Cómo? ¡Qué noticia! exclama Zbyszko. Pero, ahora que recuerdo, ¿no te habías ligado por voto á tu dama Ulrica de Ellner?...

—Sí... Pero es ya cosa vieja, amigo mío. El abate Wyszonek me desligó de ese voto antes de mi matrimonio...

Luego dirigiéndose á Mateo:

—También tengo el honor de saludaros á vos, señor, y de veros disfrutando de buena salud. El tchèque Chlava, el antiguo escudero de Zbyszko fué quien me informó de que os encontraría aquí... y he venido á invitaros á cenar en mi tienda... Chlava queda velando por los platos...

Y como apercibiese á Pan Povala de Tatcheff, al cual había conocido en otro tiempo en Plock, en la corte del Duque Ziemovit, se vuelve hacia él y le ruega tenga á bien honrar con su presencia la modesta comida á la cual acaba de invitar á los dos caballeros de Bogdanietz.

—Con mucho gusto, responde Pan Povala. Siempre es grato conversar con los antiguos amigos.

Como la tienda de M. de Lorche estaba al otro extremo del campo, salieron los cuatro para montar á caballo.

En este momento el criado del Lorenés, que se había quedado fuera, se aproxima á Zbyszko, lo saluda y dice:

—Salud y honor os sean dados, señor. Soy uno de vuestros antiguos servidores, pero la obscuridad no os permite conocerme... ¿Os acordáis de Sanderus?

—¡Por Dios! exclama Zbyszko. ¡Qué encuentro!

Y al ver al antiguo vendedor de reliquias todos los recuerdos de su primera juventud asaltaron su espíritu.

—Pues ya lo creo que me acuerdo de ti, buen Sanderus, le dice. ¿Y qué es de ti ahora? Por lo que veo estás al servicio del caballero de Lorche...

—Sí, señor. Acabé por disgustarme de mi antiguo oficio... y así opté por abrazar el ejercicio de las armas...

¡Sanderus soldado! Zbyszko no volvía en sí de su sorpresa...

M. de Lorche, al notar la admiración del caballero de Bogdanietz, se sonríe ligeramente, y cuando estuvieron á caballo le dice á media voz:

—El arma de Sanderus no es temible... Está encargado de afeitarme... de afeitarme á mis escuderos...

(Concluirá).